

Retos del quehacer etnográfico con indígenas urbanos en ciudades mexicanas¹

Olivia Leal Sorcia²

Fecha de recepción: 02 de agosto de 2018

Fecha de aprobación: 04 de octubre de 2018

Resumen

En el artículo se analiza la etnografía y sus técnicas de investigación tradicionales como recurso central para identificar espacios públicos y privados, así como prácticas sociales ligadas a la reproducción de procesos de etnicidad urbana, tanto en metrópolis como en ciudades medias en México. El acercamiento reciente con grupos indígenas ha llevado a replantear la puesta en práctica de ciertas técnicas de investigación consideradas propias del método etnográfico en la antropología. Me refiero a la observación participante, la entrevista dirigida y el registro en el diario de campo. La agencia mostrada en la actualidad por sujetos, familias y colectivos indígenas radicados en diversas ciudades mexicanas, problematiza los contenidos y formas asociados tradicionalmente a dichas técnicas, además de ponderar prácticas de reflexividad por parte de los investigadores. A partir de la revisión de diversos trabajos con indígenas urbanos desarrollados en la última década, se discuten dichas consideraciones a la luz de proponer nuevas prácticas en las formas y contenido etnográfico con sujetos, familias, colectivos y grupos indígenas radicados en diversos centros urbanos mexicanos.

Palabras clave: etnografía, reflexividad etnográfica, indígenas urbanos, ciudades e indígenas.

¹ Una versión previa de este artículo se presentó como ponencia en el VI Congreso Nacional de Ciencias Sociales "Las ciencias sociales y la agenda nacional", organizado por el Consejo Mexicano de Ciencias Sociales (COMECOSO) en la ciudad de San Luis Potosí, México, del 19 al 23 de marzo de 2018. Los resultados del estudio fueron apoyados por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología y por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

² Doctora en Ciencias Sociales por el Colegio de Michoacán. Profesora-investigadora de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Ciudad de México, México. Contacto: olivia.leal@uacm.edu.mx

Challenges for ethnographic work with urban indians in mexican cities

Abstract

This article analyzes ethnography and its traditional research techniques as a central resource to identify public and private spaces as well as social practices linked to the reproduction of urban ethnicity, both in metropolis and in medium-sized cities in Mexico. The recent approach with indigenous groups has led to rethink the implementation of certain research techniques considered appropriate to the ethnographic method in anthropology. It means the participant observation, the directed interview and the reports in the field notebook. The agency currently shown by individuals, families and indigenous groups based in various Mexican cities problematizes the contents and forms traditionally associated with these techniques, as well as weighing reflexivity practices by researchers. From reviewing various works developed with urban indigenous in the last decade, these considerations are discussed in the light of proposing new practices in ethnographic forms and content with subjects, families, groups and indigenous groups located in various Mexican urban centers.

Keywords: Ethnography; ethnographic reflexivity; urban indigenous; cities and indigenous.

Desafios do trabalho etnográfico com indígenas urbanos em cidades mexicanas

Resumo

No artigo analisa-se a etnografia e suas técnicas de pesquisa tradicionais como recurso central para identificar espaços públicos e privados, bem como práticas sociais ligadas à reprodução de processos de etnicidade urbana, tanto em metrópoles como em cidades médias no México. A aproximação recente com grupos indígenas tem levado a repensar a aplicação de certas técnicas de pesquisa consideradas próprias do método etnográfico na antropologia. Refiro-me à observação participante, a entrevista dirigida e o registro no diário de campo. A agência mostrada na atualidade por sujeitos, famílias e coletivos indígenas radicados em diversas cidades mexicanas, problematiza os conteúdos e formas associados tradicionalmente a ditas técnicas, além de ponderar práticas de reflexividade por parte dos pesquisadores. A partir da revisão de diversos trabalhos com indígenas urbanos desenvolvidos na última década, discutem-se ditas considerações à luz de propor novas práticas nas formas e conteúdo etnográfico com sujeitos, famílias, coletivos e grupos indígenas radicados em diversos centros urbanos mexicanos.

Palavras-chave: Etnografia; reflexividade etnográfica; indígenas urbanos; cidades e indígenas.

Introducción

En la segunda década del siglo XXI, el acceso que distintos sujetos indígenas radicados en ciudades mexicanas tienen a internet, el teléfono celular, escolaridad y diversidad ocupacional, entre otros, implica para el investigador innovar en las formas de acercamiento y registros de información etnográfica. La interpelación constante hacia los objetivos y fines de las investigaciones antropológicas por parte de indígenas urbanos, además de la disputa que éstos sostienen por espacios públicos, programas y acciones con otros grupos en dichos espacios, generan reorientaciones por parte del etnógrafo sobre la selección de información, su registro y divulgación, no solo en términos académicos, sino atendiendo las demandas crecientes a favor de visibilizar las condiciones de vida y trabajo de los indígenas en urbes contemporáneas. En este escrito analizo la etnografía y sus técnicas de investigación como recurso para la identificación de espacios y prácticas ligadas a la reproducción de procesos de etnicidad urbana. Para ello parto de un acercamiento general sobre el entendimiento de la etnografía como parte de la emergencia de la antropología como disciplina social. También, de forma general, retomo la propuesta de Georges Marcus sobre la etnografía multisituada como una posibilidad de analizar el tema de indígenas en ciudades para el caso mexicano. En un segundo momento me refiero a los espacios, temas y formas de registro etnográfico sobre grupos y familias indígenas asentados de forma definitiva en centros urbanos mexicanos. Aquí incluyo referencias a diversas investigaciones en México, en las que se ilustran los cambios que se señalan en el abordaje etnográfico. Finalizo con un conjunto de notas acerca de la relación entre el sujeto indígena y el etnógrafo respecto de su papel como observador y descriptor de datos, así como acerca de la emergencia de ciertos procesos de reflexividad por parte de ambos, ante las descripciones que derivan de un sujeto indígena que muestra capacidad de agencia y un etnógrafo que modifica y transforma sus propias concepciones sobre su quehacer a partir de interacciones particulares con sus interlocutores.

Presupuestos básicos sobre la etnografía y sus ajustes en escenarios urbanos

Desde el surgimiento de la antropología como ciencia, la etnografía se configuró como su principal método de investigación. La formación básica de cualquier antropólogo atraviesa por conocer la historiografía de la disciplina, identificando los paradigmas clásicos desde los que se fue configurando un ámbito discursivo de lo que en adelante se entendería como el trabajo de campo, en tanto soporte fundamental del método etnográfico. Desde los planteamientos de Franz Boas hasta los postulados centrales de Bronislaw Malinowski, los antropólogos en México nos formamos con el acompañamiento de etnografías clásicas en las que subyacen los principios fundantes de lo que en adelante se caracterizó como técnicas centrales de investigación para el trabajo de campo: la estancia prolongada en sociedades no occidentales; el conocimiento de la lengua local; el registro de datos de forma sistemática (diario de campo), a partir de lo que se denominó como “observación”, pero que denota ciertas estrategias particulares al agregarse el calificativo de “participante”, así como la comunicación permanente del investigador con individuos y familias a través de charlas continuas e interminables durante periodos largos de tiempo. Dependiendo del contexto, los recursos e interacciones, la grabación, la fotografía, los dibujos, mapas y colección de objetos representaron herramientas adicionales en la recopilación de datos.

Trabajos como los de George W. Stocking (1983) resultan altamente sugerentes para conocer más en detalle la parte que referí como “historiografía de la disciplina antropológica”. Mientras que un trabajo más reciente de la antropóloga argentina Rosana Guber representa un esfuerzo altamente valioso por conocer cómo surgió la necesidad de sistematizar el trabajo de campo, esto es, partir de un principio central: que la recopilación de datos debía ser de primera mano, lo cual –enfatisa– requería la presencia del investigador en campo (Guber, 2013, p. 44). A la

noción de “campo” se le atribuyó entonces dos planos: uno, el que corresponde a la delimitación de un espacio físico hacia el que hay que desplazarse en términos territoriales para recabar datos, implementando justamente las técnicas de investigación referidas anteriormente; mientras que un segundo plano alude a la configuración de un recuento “descriptivo” sobre el grupo, aldea o tribu visitado, que se traducirá en un recuento etnográfico. Así, el producto final –la etnografía– se convertirá entonces en el medio por excelencia de la disciplina antropológica para dar cuenta de la diversidad sociocultural contemporánea.

Fue así como, en el imaginario de los antropólogos, las descripciones etnográficas se centraron en dar cuenta de los espacios no modernos, detallando cierto tipo de rasgos, comportamientos y normas de diferentes pueblos y comunidades radicadas en espacios sobre todo naturales, rurales, campesinos, o bien comunitarios y/o tribales. Las técnicas de investigación, como la observación, la entrevista y el registro de notas, se definieron y ajustaron por lo tanto para ser puestas en práctica en este tipo de escenarios y espacios caracterizados como tradicionales. Durante muchas décadas, la idea del trabajo de campo, como elemento fundador de la etnografía, se sustentó en estas particularidades espaciales.

No obstante, las mismas transformaciones históricas y el continuo desarrollo de la antropología, necesariamente implicó cambios en las formas de concebir el trabajo de campo, sus técnicas primordiales, así como el texto final: la etnografía. No es el objetivo de este trabajo realizar una revisión exhaustiva de dichas transformaciones, sino referir directamente una propuesta que me permita enlazar el trabajo etnográfico contemporáneo con grupos y familias indígenas asentados en centros urbanos en México.

Al respecto refiero la obra de George Marcus (1991), quien pone el acento en privilegiar descripciones etnográficas que presenten datos pormenorizados sobre las relaciones que se tejen en

el nivel local. Traslapando esta idea al caso mexicano, podemos anclar lo local en la casa donde habita la empleada doméstica, los parques, alamedas y salones de baile donde se reúnen ciertos grupos; la calle en la que se instala el puesto comercial, el barrio, o la colonia. Se trata de espacios desde los cuales los sujetos articulan sus dinámicas cotidianas con el mundo urbano. Para Marcus, sería en este tipo de espacios donde “los sujetos manifiestan un comportamiento concreto y digno de análisis”. Además de esta perspectiva, retomo su propuesta de lo que caracteriza como “etnografía multisituada”, la cual se liga a un interés por examinar la circulación de significados, objetos e identidades en un tiempo-espacio difuso. Esto, como el mismo autor lo explica, implica definir un objeto de estudio “que no puede ser abordado etnográficamente si permanece centrado en una sola localidad investigada” (Marcus, 2001, p. 111). Por lo anterior, propone una estrategia que nombra como etnografía multisituada. La cual alude a “seguir literalmente las conexiones, asociaciones y relaciones imputables que se encuentran en el centro mismo de la investigación etnográfica multilocal”. La propuesta de Marcus abona en entender cómo se han transformado, para el caso de grupos indígenas en México, las descripciones de contenido holístico que predominaron entre los años setenta hasta fines de los noventa, y cuyo centro fueron las migraciones indígenas a las grandes metrópolis mexicanas. Como se analizará en el siguiente apartado, a partir del año 2000, lo que observamos en los estudios son ejercicios de lo que Marcus refiere como “mapear un terreno”, aunque la finalidad no sea su reconstrucción holística, sino, más bien, rastrear a los sujetos indígenas en los diferentes espacios y lugares en los que generan conexiones con otros de su mismo grupo con quienes refieren afinidad, pero también con aquellos con quienes sostienen diferencias de diversa índole.

Ante la pregunta: ¿desde dónde repensar los métodos y técnicas de investigación para construir descripciones etnográficas de indígenas urbanos radicados en metrópolis, aun cuando el propósito sea dar cuenta de la alteridad?, la propuesta de Marcus me

lleva a reflexionar que no se trata de inventar nuevas técnicas de investigación, sino más bien de discutir sus limitaciones y adaptaciones para dar cuenta de situaciones particulares de sociabilidad urbana, tanto por parte del etnógrafo como de los individuos y familias indígenas. Al respecto, la imposibilidad de delimitar espacialmente todas las actividades y prácticas que colectivos y grupos indígenas llevan a cabo, por ejemplo en la ciudad de México, así como la superposición de eventos en los que participan y que se suceden de forma cotidiana, marcan particularidades para llevar a cabo un trabajo de campo como tradicionalmente lo caracterizó la antropología.

En espacios rurales por ejemplo, al menos que se trate de movimientos migratorios, las actividades económicas, domésticas y de consumo se llevan a cabo en un territorio claramente delimitado, que facilita el desplazamiento del etnógrafo y posibilita, con ello, la recopilación de datos en periodos intensivos y cortos. Por el contrario, en las ciudades –y en particular en la ciudad de México– resultan frecuentes los amplios desplazamientos entre zonas centrales de la ciudad, o bien entre sus extensas periferias metropolitanas. Al menos que se trate de grupos o familias que mantengan un patrón de residencia congregado y además desarrollen actividades de comercio en el entorno inmediato a las viviendas (casos de los grupos mazahuas, otomíes, triquis), lo frecuente es que residan en un punto de la ciudad, ejerzan sus oficios en otros lugares distantes y se agrupen en reuniones familiares, paisanales, de gremios laborales, de ocio y consumo en otros puntos que trascienden los límites de las alcaldías y, aun, los municipales adscritos a la Zona Metropolitana del Valle de México (ZMVM). En particular, en este amplio territorio metropolitano son comunes las extensas distancias entre el lugar de residencia del etnógrafo y de las familias indígenas, lo que repercute en periodos de tiempo de traslado sumamente prolongados, los cuales se agudizan debido al extenso tráfico que caracteriza de forma cotidiana la movilidad en la ZMVM. A esto se suman las largas jornadas de trabajo que comúnmente llevan a cabo los

indígenas, lo cual dificulta los tiempos disponibles para entrevistarlos sobre todo en sus viviendas, debido a que salen desde horas muy tempranas del día y regresan hasta la noche.

Todos estos elementos dificultan tanto la planeación como la obtención de datos, produciendo lo que llamo un “rompecabezas de la descripción etnográfica”, en cuanto al trabajo antropológico con indígenas urbanos. Esto debido a que la recopilación de datos pasa de forma discontinua entre la charla, por lo regular en sesiones cortas, y la observación, por ejemplo de actividades, festividades, ceremonias, etc., que se llevan a cabo en otros momentos y en diversos espacios urbanos. A veces incluso de forma simultánea, ya sea en un mismo asentamiento o en diversos puntos de la ZMVM. Por lo tanto, la observación de ciertas actividades y el registro de datos, por lo regular, le implican al etnógrafo periodos largos de tiempo, debido a que resulta difícil concretar una estrategia intensiva de recolección de datos, aun y cuando decida radicarse durante algún periodo en el asentamiento. Las largas jornadas laborales, como ya se señaló, así como la continua movilidad de las familias indígenas repercuten directamente en la continuidad de la recopilación de datos.

A partir de estas particularidades espaciales y temporales para el caso de asentamientos urbanos, identifiqué ajustes necesarios en dos técnicas de investigación necesarias para etnografiar indígenas radicados en ciudades. Una corresponde a la observación y la segunda a la entrevista. En zonas rurales podemos decir que, a excepción de acontecimientos festivos, el trabajo de recopilación de datos se combina entre la observación de prácticas de la vida cotidiana y la charla con los sujetos, tanto en espacios de trabajo, domésticos, de consumo, religiosos, entre otros. La permanencia en el lugar también favorece la continuidad en el tratamiento de diversos temas, además de que el etnógrafo tiene la posibilidad de observar y preguntar en lo que podemos llamar “tiempo real”. En las ciudades, por el contrario, se presenta de forma constante lo que denominé “rupturas de lo cotidiano”. Esto precisamente por las formas de vida urbana que, en ocasio-

nes, determinan horarios, espacios y prácticas cambiantes, y ante lo cual el etnógrafo debe permanentemente reajustar sus estrategias, su calendario de actividades, modificar sus propias prácticas, proponer tiempos de entrevista, innovar en sus registros, entre otros. A continuación problematizo dichas particularidades para la obtención de registros etnográficos en el caso de indígenas urbanos.

Espacios, temas y formas de registro etnográfico acerca de indígenas urbanos

Como parte de los estudios sobre migración indígena a las urbes mexicanas y principalmente hacia la ciudad de México, desde los años setenta se han acumulado una gran cantidad de trabajos académicos que informan de múltiples situaciones de integración sociocultural y de incorporación a nichos laborales específicos de familias y comunidades indígenas, cuya movilidad ha generado patrones de migración pendular, cíclicos, pero también, de asentamiento definitivo en diversas ciudades mexicanas. Trabajos como los de Velasco (2010), Durin (2008), Kemper (1987) y Hewitt de Alcántara (1988) no solo han identificado periodos de migración, sino también han realizado análisis detallados sobre los paradigmas conceptuales que han guiado los análisis de dichos fenómenos sociales. Lo que me interesa destacar, para los objetivos del presente escrito, es que la categoría de “migrante indígena” se erigió como una pieza clave en dichos análisis. Preocupaciones por la pérdida de la lengua, cambio generacional, escolarización e integración sociocultural al mundo urbano, fueron recurrentes. Otros problemas fueron los procesos de configuración de una identidad indígena, asociada directamente a la reproducción de patrones culturales, de paisanazgo e incluso de parentesco en los lugares de migración. Se buscaba, por lo tanto, conocer qué tanto se modificaban o perdían prácticas, creencias, normas o valores tradicionales de los migrantes indígenas al asentarse en las ciudades. La comunidad de origen se constituyó

en el núcleo central de referencia desde el que se contrastaban los cambios y continuidades, mientras que la ciudad generalmente se asociaba con el ámbito de las transformaciones; es decir, en el fondo, el migrante indígena encontraba su núcleo de identificación en la comunidad de origen, mientras que la ciudad representaba el polo extremo, causante de las rupturas y cambios de la vida de los migrantes.

Las descripciones etnográficas, por lo tanto, se enfocaron en la caracterización de dichos procesos en los que el contexto urbano se desdibujaba, y más bien se resaltaba la historia de migración, las causas de la misma, el funcionamiento de las redes sociales y, dependiendo del caso, la escolarización o la incorporación a ciertos nichos laborales, aunque el comercio ambulante, el trabajo doméstico y la construcción fueron los más etnografiados. (Molina, 2006 y 2010). Lo destacable es que los registros daban cuenta en muchos sentidos de grupos y familias interactuando en espacios que podemos llamar “cerrados”, o bien “autocontenidos”, donde poco se mostraban interacciones cotidianas de los indígenas con otros grupos o actores sociales, o bien haciendo uso de los espacios urbanos, como en la actualidad se refiere con mayor frecuencia. Había un interés –no intencional– de mostrar la comunidad de origen, reproducida en la ciudad. Los casos tratados, por lo tanto, daban cuenta de las condiciones de vivienda, los espacios de trabajo y la reproducción de fiestas religiosas principalmente. Por supuesto, trabajos clásicos como los de Lourdes Arizpe (1970), Larissa Lomnitz (1998), Douglas Butterworth, (1990), Guillermo Bonfil para el caso de la ciudad de Cholula (1988) y Joel Audefroy (2004), entre otros, mostraron análisis más complejos y dinámicos sobre las migraciones principalmente a la ciudad de México, en comparación con la tendencia enunciada. Los autores citados se enfocaron en destacar los procesos de adaptación de los migrantes, pero a partir de procesos particulares de organización y de reajuste de prácticas sociales ante los nuevos escenarios urbanos.

No obstante, hacia el cambio de milenio, las transformaciones de los mercados de trabajo regionales, y en particular la configuración de las estructuras ocupacionales en todo tipo de ciudades mexicanas (pequeñas, medias, metrópolis), como lo señala Virginia Molina (2007), han sido una de las causas principales que vienen impactando en los procesos de desplazamiento y movilidad de familias y grupos indígenas. La aguda precarización del campo mexicano y, en general, las transformaciones en materia de infraestructura en transporte, caminos, y crecimiento del comercio y los servicios en distintas regiones el país, también han favorecido los desplazamientos de grupos indígenas hacia diversos centros urbanos. Desde fines de los noventa y hasta la actualidad, los estudios reportan ciudades donde la presencia indígena se incrementa de forma permanente, de tal suerte que su análisis se vincula con políticas de atención a nivel local y también con el tipo de estructura urbana y ocupacional. A lo cual se suma una problematización en torno a la diversidad étnica, como parte constituyente de la configuración contemporánea de diversas ciudades mexicanas.

Así, lo que se observa en estudios más recientes es que, además de la categoría de “migrante indígena”, emergen las de “etnicidad urbana” o bien, “indígenas urbanos” (Leal, 2014). Para el caso de la primera, me refiero a los procesos de alteridad en los centros urbanos que pueden configurarse dependiendo el tipo de asentamiento que predomina para cada grupo indígena (disperso o congregado). Esto es, se trata de analizar de forma crítica los procesos de reproducción étnica en las ciudades en tanto generan mecanismos estratégicos e instrumentales en la reproducción de sus identidades, o, más bien, en las formas cómo se identifican en tanto indígenas urbanos. Dichas identidades las observamos ahora cada vez más moldeables y flexibles, lo que apunta a generar nuevas interpretaciones acerca de la diversidad de formas en que se expresan en el entorno urbano. Si duda, lo anterior cobra mayor sentido cuando tomamos en cuenta lo que llamo los “usos de la ciudad” y los “procesos de apropiación y significación de

los espacios de residencia y trabajo urbanos por parte de los sujetos y familias indígenas” (Herrera, 2018; Campos *et al.*, 2018; Zárate y Leal, 2018). La ciudad, por lo tanto, aparece como otro actor más al cual referir etnográficamente, en permanente interacción con los sujetos indígenas.

Es decir, dichos cambios en el análisis de lo social y económico sobre los indígenas urbanos impacta directamente en desentrañar, por un lado, los mecanismos discursivos institucionales sobre su presencia en las ciudades mexicanas (reclamos de derechos, ciudadanía y acceso a políticas públicas, inclusión social, entre otros). Mientras que, por otro, aluden a dotar de nuevos contenidos los procesos de sociabilidad por los cuales atraviesan, de acuerdo con el tipo de estructura urbana en la que se asientan. En cualquier caso, los retos de la descripción etnográfica en adelante se refieren a considerarlos como activos partícipes en la configuración de los mismos procesos de urbanización (emergencia de vecindarios, apropiación de predios, participación en asociaciones y grupos vecinales). Por ejemplo, al describir desde procesos organizativos anclados en formas comunitarias tradicionales, hasta estrategias novedosas de agrupación y participación política, en los cuales los indígenas pueden resaltar o no rasgos étnicos, de acuerdo con su historia de asentamiento en las urbes, los vínculos vecinales y laborales con otros grupos, o bien al participar en colectivos y asociaciones cuyos fines abarcan un abanico amplio de referentes: partidos políticos, asociaciones gremiales, de paisanazgo local y regional, entre otros. Aspectos que claramente podemos identificar al revisar diversas etnografías producidas principalmente en la última década (Morales, 2018; Herrera 2018; Pérez y Gabayet, 2017; Vázquez y Prieto, 2013; Chávez, 2014; Durin, 2010; Domínguez, 2011).

¿Cuáles son los espacios públicos y privados en los que se etnografía a los indígenas urbanos que dan cuenta dichos estudios recientes? Principalmente en oficinas públicas, viviendas unifamiliares, o bien vecindades y condomios, centros de sa-

lud, escuelas primarias, instalaciones de gobierno local y federal. Deportivos, zonas de ocio en camellones, baldíos, predios acondicionados, al igual que talleres por ejemplo de carpintería, mercados públicos, tianguis y plazas comerciales son otros sitios relevantes. Parques, plazas, alamedas, terminales de transporte fijas e improvisadas, entre otros, también figuran regularmente en las descripciones. Aunque sin duda el espacio doméstico representa un sitio privilegiado, sobre todo en aquellos casos en los que no se presenta un patrón de asentamiento congregado. También juega un papel preponderante narrar la historia de urbanización del lugar de asentamiento; así como los procesos para acceder a la vivienda y a los espacios de trabajo. Las disputas, los conflictos, la discriminación y exclusión social, así como la violencia, aparecen de forma más acentuada en las narraciones etnográficas. Precisamente en relación con estos temas se logra un andamiaje descriptivo mucho más articulado entre espacio urbano y etnicidad. A continuación, enuncio brevemente algunos ejemplos etnográficos que informan de estos cambios en las etnografías sobre indígenas urbanos.

En un libro próximo a publicarse por parte de la Secretaria de Cultura del Gobierno de la Ciudad de México, coordinado por Pérez Téllez y Gabayet (2018), se presenta un diagnóstico acerca de dinámicas de vida y trabajo de diferentes grupos indígenas asentados en seis de las alcaldías que reportan el mayor número de hablantes indígenas en la capital del país. El interés último de esta iniciativa respondió a replantear programas y acciones de política pública dirigidos hacia esta población, en un marco de respecto de derechos y obligaciones ciudadanas. Uno de los temas que cobró notoriedad de los casos presentados se refiere a la descripción de nichos ocupacionales en puntos de la ciudad, podríamos decir en extremos del extenso territorio ciudadano. Me refiero al trabajo de carpintería desarrollado en grandes talleres en los que convergen un número importante de familias de los grupos nahua y purépecha asentados en alcaldías como Gustavo A. Madero, al norte de la ciudad de México, y en Xochimilco

y Tlalpan en el extremo sur. De ambos casos sobresalen las diferentes formas organizativas que les garantizan lo que puedo llamar un “exitoso” comercio de sus productos. Paralelo a ello, también se describen sus formas de organización para el impulso del oficio de la carpintería. Los dos grupos informan participar en asociaciones civiles que cuentan con decenas de miembros en varias alcaldías capitalinas, pero también en sus Estados de origen, tales como Veracruz para los nahuas y Michoacán para los purépechas (el primero ubicado al centro oriente de México y el segundo en la zona centro occidente). A partir de destacar las características de la reproducción y enseñanza en torno al oficio de la carpintería, las descripciones muestran los ajustes en las formas organizativas de las familias, los patrones de enseñanza y sus vínculos o no con la escolarización de los hijos, así como las formas de comercialización. Aunque destaca la narración de los conflictos que sortean para la comercialización de sus productos –por ejemplo, con autoridades locales, al ofertarlos en calles y avenidas de la ciudad, pero principalmente con grupos vecinales con quienes mantienen una convivencia cotidiana cerca de los predios donde radican, los cuales fungen como casa-taller–, es decir, a partir de poner en el centro de la narración etnográfica el tema de la ocupación laboral, se estructuran descripciones que tocan otros temas como la visibilización de sus prácticas en el entorno urbano, sus sentidos de pertenencia y el tipo de vínculos con sus lugares de origen.

Otro tema que destaco del diagnóstico citado se refiere al caso de indígenas mixtecos (oriundos del estado sureño de Oaxaca), asentados en la alcaldía Álvaro Obregón, al sur poniente de la ciudad de México. Si bien sus formas de inserción ocupacional han oscilado entre contratarse como obreros, trabajadores de la construcción y el empleo doméstico, su participación en una liga de basquetbol nombrada “Sol Mixteco” ha sido fundamental para generar vínculos identitarios, a pesar de no generar lazos vecinales con otros paisanos radicados en colonias cercanas. Dicha agrupación deportiva les ha posibilitado recrear lo que

llaman su “ser mixteco” en la ciudad, al permitirles mantener lazos entrañables entre paisanos, aunque al mismo tiempo han surgido relaciones conflictivas con sus comunidades de origen. La consolidación de la liga de basquetbol también les ha permitido disputar diversos espacios deportivos en la ciudad. Así han podido tener acceso a instalaciones deportivas, mantener el pago de los árbitros y, con sus propios recursos, comprar balones y uniformes, entre otros. Ya un trabajo inédito de Virginia Molina (2006) puso el acento en la importancia de etnografiar los aspectos relacionados con el deporte, el ocio y los lugares de consumo de los indígenas en las ciudades, con el fin de conocer otros ámbitos de sus procesos de construcción identitaria y de usos de la ciudad. El caso referido de la liga de basquetbol da cuenta de ello. En este mismo sentido, pero para el caso de la música tradicional, se puede mencionar el trabajo de Flores Torres (2009) titulado “La huasteca chilanguense”, que narra los puntos de encuentro de oriundos de la extensa región huasteca (Estados de Veracruz, Hidalgo y Tamaulipas) en la zona de Indios Verdes, al norte de la ciudad de México, siendo la comida, la bebida y por supuesto la música los rasgos de identificación más relevantes de quienes se han asentado en diversos puntos de la capital del país.

Volviendo a retomar el caso del diagnóstico citado, y como parte de una evaluación de los resultados obtenidos, quiero referir algunos comentarios que vienen al caso en el tema de los retos de construir etnografías de grupos y familias indígenas en las urbes. En particular destacaré los retos de la puesta en marcha de las técnicas de investigación como la observación y la entrevista. Si bien para el desarrollo del diagnóstico se destinaron recursos humanos y financieros, además de integrar un equipo de etnógrafos, la gran mayoría con experiencia en trabajo de campo, los resultados fueron desiguales en cuanto a la profundidad de las narraciones etnográficas, así como en el número de grupos y familias etnografiados en cada alcaldía. A ello se suma la dificultad de identificar temas comunes entre los grupos, que permitieran

establecer comparaciones de sus procesos de integración socio-cultural en la ciudad. Uno de los elementos centrales que dificultó el avance en los registros fue la falta de contactos previos con actores, familias y sujetos en cada alcaldía. Si bien se contaba con información sobre Hablantes de Lenguas Indígenas (HLI), no había registros sociorreferenciales de su ubicación. Como lo menciona Daniel Hiernaux (2000) en su estudio pionero sobre grupos indígenas en el Valle de Chalco (periferia al suroriente de la ciudad de México), no quedó más remedio que ir a buscarlos. Es decir, la invisibilización de rasgos culturales, el desconocimiento de patrones de residencia de las familias, así como la dispersión de literatura sobre grupos indígenas en la ciudad de México, dificulta significativamente el contacto y ubicación de sujetos. La delimitación de los equipos de trabajo por alcaldías representa un hecho a reflexionar, debido a que la alta movilidad de la población indígena en la capital del país (y en general en las ciudades mexicanas) constituye un rasgo característico: habitan en cierta alcaldía, pero trabajan en otra y se reúnen con sus paisanos y compadres más allá de los límites oficiales, hasta desplazarse por lo largo y ancho de la extensa ZMVM (Leal, 2014 y 2015), mismos patrones que han sido documentados en otras ciudades del país, como Tijuana, Guadalajara, Monterrey, Querétaro y San Luis Potosí (Velasco, 2010; Domínguez, 2011; Farfán *et al* 2005; Vázquez y Prieto 2013; Chávez, 2014). Estos factores representan obstáculos difíciles de superar, aun cuando se cuente con experiencia en la recopilación de datos etnográficos en otros contextos principalmente rurales. Es decir, la ciudad implica modificar estrategias de registro y búsqueda de información a partir de conocer los asentamientos, su conectividad vial, los tiempos de desplazamiento, el acceso a las viviendas, predios, puestos o talleres, los horarios de trabajo, pero también de compra de insumos y, por supuesto, los contactos previos y pertinentes para que las personas nos brinden información cualitativa.

Para finalizar este apartado, comentaré que son escasas las investigaciones que ponderan los retos que supuso la puesta en

práctica de las técnicas de investigación empleadas, destacando aún más la ausencia de reflexiones acerca de los retos metodológicos que implicó la investigación, además de los ajustes requeridos para precisamente recopilar datos y dar continuidad a los registros etnográficos. Casos excepcionales al respecto son el mencionado de Hiernaux, sumando el de Alicia Lindón (1999) también para el Valle de Chalco. Si bien este último estudio no se centra en población indígena, sí incluye un extenso capítulo donde expone los retos metodológicos y de obtención de datos a partir de un enfoque cualitativo, centrados en lo que la autora llama “la trama de la vida cotidiana y la espacialidad vivida”. Otros trabajos en los que se exponen las adecuaciones en los registros etnográficos y, en general, la estrategia etnográfica, los presenta Jahel López (2006 y 2012) para el caso de organizaciones civiles indígenas y de jóvenes migrantes empleadas como trabajadoras domésticas en la Ciudad de México.

Un trabajo reciente, muy sugerente, que abona sobre esta cuestión, lo presentan Padilla, Olmoz y Azevedo (2018). Las autoras se proponen problematizar los aspectos metodológicos para entender la convivencia y súper-diversidad que supone la presencia de grupos de inmigrantes y nativos asentados en barrios centrales y periféricos de dos ciudades que caracterizan como “globales”: Granada (España) y Lisboa (Portugal). El marco conceptual que retoman de autores como Vertovec y Gilroy lo justifican justamente como un intento por superar miradas que abordan, por ejemplo, las identidades y la etnicidad como realidades separadas, en las que se generan interacciones aisladas, además de solo contemplar los procesos de reproducción de los inmigrantes, que supone la ausencia de contactos de todo tipo con grupos locales o nativos. Sin duda, el reto de plantearse analizar formas de interacción cotidiana, caracterizadas por la cooperación y el conflicto en espacios urbanos que transitan entre procesos de gentrificación, para el caso de los barrios centrales (históricos) en ambos países, en contraposición con la pobreza y exclusión de aquellos ubicados en las periferias, constituye su

aporte central. En su análisis integran lo que llaman “planilla de análisis”, la que operacionalizan para denominarla “configuraciones de la convivialidad”. Con ello apuestan por tender puentes entre los datos empíricos, los discursos y las prácticas de los grupos y los sujetos nacional y étnicamente diversos asentados en barrios centrales y periféricos. Las descripciones principalmente destacan el consumo, los usos públicos y las prácticas y discursos que celebran la diversidad. Además, al presentarlas de forma comparativa entre espacios definidos como súper-diversos, los lectores podemos entender justamente su propuesta metodológica. Como señalé, la construcción del marco explicativo propuesto resulta muy sugerente para el análisis de barrios y colonias en las pequeñas y grandes urbes latinoamericanas, y especialmente las mexicanas, las que, si bien aún no presentan los altos volúmenes de inmigrantes de otras nacionalidades, como las ciudades europeas referidas en dicho artículo, sí se debaten entre la inclusión de las poblaciones inmigrantes (en su mayoría indígena) y la emergencia de proyectos político-administrativos que apelan al acceso de beneficios sociales y de reconocimiento de derechos ciudadanos.

Sin duda el trabajo de Padilla, Olmoz y Azevedo (2018) representa un ejemplo acertado y pertinente de lo que llaman “etnografías multisituadas de lo cotidiano en espacios públicos” y que, para el caso de este escrito, mantiene relación con lo señalado en el primer apartado sobre la propuesta de Georges Marcus. Esto es, si bien se parte de un visión más holística (pero no total) para el abordaje etnográfico de grupos y familias indígenas (y/o inmigrantes), el acento de la descripción parte por identificar los patrones de relaciones, interacciones y tipos de influencias entre los residentes inmigrantes y autóctonos en las ciudades, mismos que no se agotan en fronteras físicas territoriales, sino que se reproducen en diversos escenarios, tiempos y espacios en los cuales los sujetos indígenas están inmersos y forman parte de su reproducción sociocultural.

Ser indígena urbano. Entre la reflexividad del sujeto indígena y el compromiso social del etnógrafo. Consideraciones finales

Ser indígena urbano depende de construir una noción de pertenencia al espacio urbano y, en adelante, dejarse de asumir como migrante y más bien reconocerse como residente, vecindado, ciudadano, colono, citadino –para el caso de la ciudad de México, a los residentes locales se les designa como “chilangos”–. Este cambio atraviesa por procesos de reflexión individuales y colectivos, en los que se identifican rasgos propios culturales y sociales que generan identificaciones particulares sobre el origen y, en general, el proyecto de vida ligado a los espacios de residencia y trabajo urbanos.

Como señalé en el apartado anterior, los cambios en el análisis sobre indígenas urbanos para el caso mexicano responden, por un lado, a los diversos procesos de integración socioeconómica y sociocultural por parte de familias y grupos indígenas en las ciudades. El vínculo entre espacio urbano y procesos de sociabilidad de los indígenas urbanos, por lo tanto, aparece como central en los nuevos análisis. Esto también ha obligado a los etnógrafos a identificar el peso de la urbanización, la ciudad, la periferia y, en general, el modo de vida urbano (posición del actor) para hablar del ser indígena. Sin duda, lo anterior ha derivado en comprender, con mayores herramientas, la multiplicidad de formas de ser indígena en un contexto de urbanidad. Coincido con Juan Manuel Engelman cuando señala que

... para trabajar con grupos indígenas urbanos los reclamos históricos se vuelvan en reivindicaciones contemporáneas de viviendas, trabajo, educación, visibilización y participación. Así debemos cuestionar aquella imagen que los asocia a ámbitos rurales exclusivamente y, también que el espacio urbano implica una pérdida cultural y dispersión de los sujetos (Engelman, 2014, p. 14).

Pero un segundo elemento corresponde a las frecuentes interpelaciones directas de los sujetos indígenas hacia los investigadores, sobre los fines del trabajo etnográfico que informa de sus experiencias cotidianas de vida y trabajo. Al respecto menciono mi propia investigación doctoral acerca de un colectivo de indígenas nahuas asentados en la periferia norte de la ciudad de México (Leal, 2014). Los “chilas”, como se autonombran (originarios de Chilacachapa, en el Estado de Guerrero), han acumulado una larga trayectoria de lucha social, que nace originalmente desde su comunidad de origen, al enfrentarse con grupos políticos locales que refieren como caciques, pero también en la ciudad de México, principalmente desde fines de la década de los años setenta del siglo XX. Desde ese periodo a la actualidad, han participado en organizaciones de damnificados (sismos de 1985), en gremios laborales, en asociaciones vecinales, en grupos de base de partidos políticos de diversas corrientes, hasta en colectivos que promueven y reproducen ciertas celebraciones, no solo tradicionales sino también de carácter cívico.

A lo largo de los seis años que mantuve un contacto directo con hombres y mujeres chilas, y ante mi asistencia a diversos festejos familiares, pero también organizativos a nivel vecinal y de carácter gremial, registré un genuino interés por interpelar y cuestionar a todo aquel que quisiera difundir rasgos de sus formas organizativas y/o características socioculturales. Lo más sobresaliente fue que sus interpelaciones siempre se daban asumiéndose como interlocutores que caracterizo como “eruditos”. Es decir, abiertamente se reconocían como especialistas en temas de la historia de su pueblo y sus procesos migratorios, sus héroes locales y sus diversas luchas sociales en los asentamientos urbanos, además de identificar claramente sus propias formas de organización familiar y grupal, a diferencia de otros grupos indígenas y no indígenas con los que confluían ya sea en sus barrios, sus comercios u otros espacios urbanos. Por ejemplo, me tocó observar y registrar interpelaciones a funcionarios de los gobiernos locales y de la ciudad de México, a otros líderes vecinales

o gremiales, o bien a investigadores, docentes o estudiantes universitarios, además de otros representantes locales. Con varios hombres chilas compartí fragmentos de mi propia investigación e, invariablemente, me señalaban precisiones en datos, nombres, fechas, además de comentarme sus propias interpretaciones sobre ciertos hechos narrados. Pero quizá lo que me resultó más relevante fue que, al escucharlos en diversos foros, repitieran frases e ideas que yo había plasmado en mi investigación sobre sus procesos de lucha y sus formas de vida en la ciudad de México. En ese sentido, mis propias interpretaciones fueron reapropiadas por los chilas y divulgadas bajo sus propios parámetros socioculturales. Es decir, lo que se generó fueron procesos de interpelación de ida y vuelta entre los sujetos étnicos y el etnógrafo sobre los datos recabados, las formas de registro y el ordenamiento de información que dieron forma en su conjunto al texto etnográfico final. De hecho, mi propia tesis la consideran como parte de su patrimonio material como colectivo étnico, al considerar que el documento es “tan solo una parte, de lo mucho que se puede decir de los chilas”. Para llegar a este punto de consideración, a lo largo del trabajo de campo necesariamente se configuraron relaciones estrechas entre las familias y mi persona. Estas relaciones se fueron delineando a partir de charlas continuas y de relaciones cotidianas que no solo se circunscribieron al registro de sus rasgos socioculturales (sobre lo cual existía consenso, ya que sabían de la elaboración de mi tesis doctoral), sino que abarcaron todo tipo de temas e información que compartimos más allá de una construcción de alteridad. Es decir, vivir en la misma ciudad, padecer el tráfico y la inseguridad, entender la insuficiencia de servicios urbanos, el transporte, el clima, etc., reduce al mismo tiempo la distancia cultural que en un primer momento se había supuesto. Nuestra configuración compartida sobre lo chilango, lo citadino, fungió como punto de encuentro para abonar a dicho fin.

Lo narrado lo enmarco en lo que Rosana Guber menciona como lo común que genera el trabajo de campo, esto es, la reflexi-

vidad. A partir de la caracterización que propone de la misma, le interesa advertir que, por lo regular, ésta se atribuye a los sujetos de estudio, aunque reconoce que el investigador también atraviesa por el mismo proceso. Si bien reconoce que este ámbito no se incluye como parte del análisis antropológico, señala que su acercamiento a la reflexividad parte en dos sentidos. El primero lo ubica de forma genérica, esto es, como la capacidad de los individuos de ajustar su comportamiento según expectativas, motivos, propósitos, en tanto agentes o sujetos de su acción. Siendo este nivel el que se registra más comúnmente durante el trabajo de campo. El segundo, el que más nos interesa, lo refiere desde un enfoque relacional, “no ya como lo que el investigador y el informante realizan en sus respectivos mundos sociales, sino como las decisiones que toman en el encuentro, en la situación del trabajo de campo” (Guber, 2013, p. 86). En síntesis, para Guber (2013, p. 91) el trabajo de campo representa la instancia mediadora imprescindible del conocimiento social entre el investigador y los informantes, a los cuales yo prefiero referir como “sujetos”. Ante ello, las técnicas de investigación necesariamente se transforman y modifican en su contenido. Me refiero a que la recopilación de datos se da en relaciones de encuentro entre el sujeto y el etnógrafo en el marco de una “relación social”, como lo llama la autora, y que para nuestro caso, podemos decir, acontece en situaciones de carácter lúdico, festivo, familiar, vecinal, de disputa de programas sociales, de acciones políticas, etc. También agrega que en estas relaciones de encuentro: “El investigador aprende, entonces, a distinguir su reflexividad de la de sus informantes, y la reflexividad creada en el seno de la relación. Ésta es la mediación que le permitirá acceder más profundamente al mundo social de los actores” (Guber, 2013, p. 97).

Las anteriores reflexiones constituyen apenas un esbozo de lo que considero un tema pendiente en la agenda de investigación sobre indígenas urbanos –pero que no se agota en el ámbito de los temas y espacios que se han venido etnografiando, y sobre los cuales ya se cuenta con estudios diversos, no solo en ciudades

mexicanas sino también latinoamericanas—, sino que se requiere problematizar la temporalidad y puesta en práctica del mismo trabajo de campo en escenarios urbanos con grupos indígenas, ponderando los alcances de prácticas reflexivas entre los sujetos y los etnógrafos, en el sentido que lo propone Rosana Guber, en tanto un acercamiento inicial de análisis.

Referencias

- Arizpe L. (1979). *Indígenas en la ciudad de México. El caso de las 'Marías'*. México D.F.: Secretaría de Educación Pública.
- Audefroy J. (2004). Estrategias de apropiación del espacio por los indígenas en el centro de México, en P. Yanez, V. Molina y O. González (coords.), *Ciudad, pueblos indígenas y etnicidad*. (pp. 249-286). México: Universidad de la Ciudad de México, Dirección General de Equidad y Desarrollo Social.
- Bonfil G. (1988). *Cholula: la ciudad sagrada en la era industrial*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.
- Butterworth, D. (1990). *Tilantongo: comunidad mixteca en transición*. México: Instituto Nacional Indigenista.
- Campos L., Espinoza C. y De la Maza F. (2018). De la exclusión a la institucionalidad. Tres formas de expresión mapuche en Santiago de Chile. *Andamios Revista de Investigación Social*, 15(36), 93-112.
- Chávez González, M. (2014). *Identidad étnica, migración y socialización urbana. Profesionistas indígenas de la Huasteca en la capital potosina*. San Luis Potosí: El Colegio de San Luis.
- Domínguez Rueda, F. (2011). *Zoques en la ciudad de Guadalajara: La reproducción de una identidad étnica dispersa*. (Tesis de maestría inédita en antropología social), CIESAS, Guadalajara, México.
- Durin S. (Coord.). (2010). *Etnicidades urbanas en las Américas. Procesos de inserción, discriminación y políticas multiculturalistas*. México D.F.: Publicaciones de la Casa Chata, CIESAS.
- Engelman, J. M. (2014). Etnicidades cuestionadas: metodología y epistemología de nucleamientos y comunidades indígenas urbanas. *Polis. Revista de la Universidad Bolivariana*, 13(38), 67-87.

- Farfán, O., Castillo J. y Fernández I. (2005). Los otomíes: identidad y relaciones interétnicas en la ciudad de Monterrey, en M. Bartolomé (coord.). *Visiones de la diversidad. Relaciones interétnicas e identidades indígenas en el México actual*, vol. I, (pp. 313-358). México: Colección Etnografía de los pueblos indígenas, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Flores Torres, J. L. (2009). La Huasteca chilanguense y sus prácticas culturales en la ciudad de México. *Revista Cultura y Representaciones Sociales*, 4(7), Instituto de Investigaciones Sociales, México. Recuperado de <http://www.culturayrs.org.mx>
- Guber R. (2013). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Herrera Anaya, M. E. (2018). Comunidades indígenas urbanas: disputas y negociación por el reconocimiento. *Andamios Revista de Investigación Social*, 15(36), 113-134.
- Hewitt de Alcántara, C. (1988). *Imágenes del campo. La interpretación antropológica del México rural*, México D.F: El Colegio de México.
- Hiernuax-Nicolas, D. (2000). *Metrópoli y etnicidad. Los indígenas en el Valle de Chalco*. Toluca: El Colegio Mexiquense, FONCA, CONACULTA.
- Kemper, R. (1987). Desarrollo de los estudios antropológicos sobre la migración mexicana, en S. Glantz (comp.). *La heterodoxia recuperada. En torno a Ángel Palerm*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Leal, O. (2015). Enclave migratorio de nahuas oriundos de Chilacachapa, Guerrero, en la colonia Vista Hermosa, Distrito Federal. *Rutas de Campo*, (6), 63-71.
- Leal, O. (2014). *Reconocimiento étnico y periferias multiculturales: los chilas (nahuas) en Cuauhtepac, ciudad de México* (Tesis de doctorado inédita en Ciencias Sociales), El Colegio de Michoacán, México.
- Lindón Villoria, A. (1999). *De la trama de la cotidianidad a los modos de vida urbanos. El Valle de Chalco*. México: El Colegio de México, El Colegio Mexiquense.
- Lomnitz, L. (1998). *Cómo sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI.
- López Guerrero, J. (2012). *Mujeres indígenas en la Zona Metropolitana del Valle de México: experiencias juveniles en un contexto de migración* (Tesis de doctorado inédita en antropología). Facultad

de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México.

- López Guerrero, J. (2006). *Organizaciones indígenas en la ciudad de México. Primer acercamiento desde una perspectiva de género* (Tesis de maestría inédita en Antropología Social), CIESAS, México.
- Marcus, G. E. (2001). Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. *Alteridades*, 11(22), 111-127.
- Marcus, G. E. (1991). Problemas de la etnografía contemporánea en el mundo moderno, en M. George y J. Clifford (editores), *Retóricas de la antropología*. Barcelona: Júcar Universidad.
- Molina y Ludy, V. (2010). Inserción laboral de los indígenas en la ciudad de México, en S. Durin (coord.), *Etnicidades urbanas en las Américas. Procesos de inserción, discriminación y políticas multiculturalistas* (pp. 77-91). México: CIESAS.
- Molina y Ludy, V. (2007). *Ciudades en regiones indígenas*. México: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.
- Molina y Ludy, V. (2006). *Condiciones sociales y dinámica de la población indígena en centros urbanos. Estudio Nacional*. México: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.
- Morales Muñoz, M. V. (2018). Etnicidad y nuevos espacios de participación política y ritual de las mujeres rarámuri en los asentamientos de la ciudad de Chihuahua. *Andamios. Revista de Investigación Social*, 15(36), 67-91.
- Padilla B., Olmos Alcaraz, A. y Azevedo J. (2018). Etnografías de la Convivialidad y Súper-diversidad: reflexiones metodológicas. *Andamios Revista de Investigación Social*, 15(36), 15-41.
- Pérez Téllez y Gabayet N. (Coords.). (2017). *Proyecto de Investigación Etnográfica de la Ciudad de México*. Ciudad de México: Secretaría de Cultura, Gobierno de la Ciudad de México (en prensa).
- Stocking, G. W. (Editor). (1983). *Observers and Observed. Essays on Ethnographic Fieldwork*. Wisconsin: The University of Wisconsin Press.
- Vázquez Estrada, A. y Prieto Hernández, D. (2013), *Indios en la ciudad. Identidad, vida cotidiana e inclusión de la población indígena en la metrópoli queretana*. Querétaro: CONACULTA, INAH, Gobierno del Estado de Querétaro, CONACYT.
- Velasco Ortíz, L. (Coord.). (2010). *Tijuana indígena. Estudio sobre las condi-*

ciones de vida e integración social de la población indígena en la ciudad. México: Comisión Nacional para el Desarrollo de los pueblos indígenas, Serie Cuadernos de Investigación.

Velasco Ortiz, L. (2007). Migraciones indígenas a las ciudades de México y Tijuana. *Papeles de Población*, (52), 184-209.

Zárate, E. y Leal, O. (2018), Presentación. Repensando la etnicidad en las metrópolis del siglo XXI. *Andamios Revista de Investigación Social*, 15(36), 7-14.